

Cómo citar este trabajo: Corrales Devesa, Andrea (2026). Metodologías artísticas para la investigación. Inspiraciones transdisciplinares para pensar la entrevista en proyectos en torno al trabajo sexual. *Revista del Laboratorio Iberoamericano para el Estudio Sociohistórico de las Sexualidades*, 15, pp: 1.19. <https://doi.org/10.46661/relies.12671>

Inspiraciones transdisciplinares para pensar la entrevista en proyectos en torno al trabajo sexual

Transdisciplinary's inspirational thoughts on interviews in sex work's projects

Andrea Corrales Devesa

Universitas Miguel Hernández

acorrales@umh.es

<https://orcid.org/0000-0003-0001-2063>

Resumen

El presente artículo parte de una mirada crítica a la práctica de la entrevista buscando inspiración para establecer pautas éticas en investigaciones que implican la experiencia vivida del trabajo sexual. Desde una mirada anti-disciplinaria, se busca desplazar estrategias hegemónicas hacia horizontes de cuidado y justicia para quienes participan. Se articula a partir de cinco ejes: (1) sensibilidad, silencios y secretos como superficies de resistencia que limitan la transparencia; (2) autoría y autoridad, cuestionando el privilegio epistémico y el uso de la anonimización por defecto, abriendo a coautorías y apariciones consentidas; (3) consentimiento radical para lo cualitativo y lo cuantitativo frente a la datificación sesgada; (4) reflexividad e incomodidad, articuladas mediante la reciprocidad asimétrica y una atención a las posiciones de poder; y (5) economías del intercambio, incluyendo retribuciones, devoluciones y economías de la amistad más allá del momento de la entrevista. Con base en investigaciones ya realizadas, se sugieren procedimientos opacos, contravisuales y low-tech acordes con condiciones precarias y estigmatizadas. El artículo plantea la hipótesis de que la entrevista podría funcionar como espacio de co-producción, refugio, transmisión y transformación, y se ofrece a las comunidades organizadas de profesionales del sexo para su evaluación como prácticas más éticas en investigaciones que las involucran.

Palabras clave: entrevista; metodologías; trabajo sexual.

Abstract

This article takes a critical look at the practice of interviewing in the arts, social sciences, and activism, seeking inspiration to establish ethical guidelines for research involving the lived experience of sex work. From a situated and anti-disciplinary perspective, it seeks to shift hegemonic strategies toward horizons of care and justice for those involved. It is structured around five axes: (1) sensitivity, silences, and secrets as surfaces of resistance that limit transparency and demand ethical protection; (2) authorship and authority, questioning epistemic privilege and default anonymity, and opening up to co-authorship and consented appearances; (3) radical consent for the qualitative and quantitative in the face of biased datafication; (4) reflexivity and discomfort, articulated through asymmetrical reciprocity and attention to positions of power; and (5) economies of exchange, including retributions, returns, and economies of friendship beyond the moment of the interview. Based on previous research, opaque, counter-visual, and low-tech procedures are suggested in accordance with precarious and stigmatized conditions. The article hypothesizes that the interview could function as a space for co-production, refuge, transmission, and transformation, and is offered to organized communities of sex workers for their evaluation as more ethical practices in research involving them.

Keywords: interview; methodologies; sex work.

1 Introducción

Este artículo está inspirado por los cruces entre la práctica artística, la práctica investigadora y los activismos, todo ello relacionado con las formas de representación de colectivos que acumulan una alta marginalidad social y, a la vez, sobrerrepresentadas en discursos estereotipados y utilitarios para con las instituciones que buscan regular su existencia. La entrevista es una técnica en la que se basan gran parte de trabajos de corte documental audiovisual, fotográfico o de investigación artística centrada en colectivos específicos. También es una técnica de investigación muy común en ciencias sociales y, más en particular, en investigaciones que involucran poblaciones marginalizadas o contrahegemónicas, poco estudiadas o mal representadas. El caso de las trabajadoras sexuales es un caso ejemplar del uso de la entrevista en distintos medios como el cine documental, el periodismo o la investigación social. Por supuesto, las trabajadoras sexuales en tanto que pertenecientes a un grupo social y económicamente vulnerable, son especialmente susceptibles de tener que enfrentar entrevistas obligatorias por parte de las administraciones públicas y las fuerzas y cuerpos de “seguridad” del Estado. Siendo, además, un grupo poblacional del que se espera opacidad y discreción, los métodos basados en entrevista radicalizan en mayor medida sus técnicas confesionales.

El artículo se pregunta por potencialidades disidentes desde el cuestionamiento de los modos de investigar más habituales a partir de la entrevista, incorporando visiones críticas en todos los estadios de realización de dicha práctica. La técnica de la entrevista puede ser reapropiada desde una mirada disidente y anti-disciplinaria, que pone por encima de los marcos hegemónicos del «rigor científico» los deseos y los objetivos a largo plazo de la investigación y de las personas involucradas en ella, proporcionando otro tipo de solvencia investigadora alineada con objetivos de justicia social. En concreto, se van a abordar ejes de reflexión que se han considerado teórica y procesualmente necesarios para reconfigurar una manera de hacer entrevistas crítica y coherentemente en el contexto de los estudios sobre el trabajo sexual. Por una parte, la cuestión de los secretos y la idiosincrasia de la intimidad compartida en un espacio de entrevista, planteando sus potencialidades investigadoras, pero también de peligro o exposición de las personas involucradas. Seguidamente, se aborda la cuestión de la autoría en investigación basada en entrevistas, planteando como problemático el giro semiótico que requiere de una interpretación del testimonio por parte de ‘especialistas’, y se cuestiona las localizaciones de ambos polos (“especialistas” versus “informantes”). Después se atiende a la problemática del consentimiento tanto en lo relativo a los datos cualitativos como cuantitativos, evitando prácticas extractivistas. Posteriormente se plantean asuntos vinculados a la reflexividad en investigación, presentando la propuesta de reciprocidad asimétrica de Iris Marion Young, así como consideraciones al respecto de la incomodidad investigadora como parte del hacer visible tales asimetrías. A continuación, se propone una reflexión crítica sobre las economías de la amistad que se hacen presentes en ciertas

investigaciones. La cuestión de la devolución en las fases de difusión y transferencia, aunque fundamental, no se abordará en el presente artículo¹.

2 La sensibilidad de la entrevista y sus (sec)retos

Las entrevistas abiertas permiten explorar la mirada sobre la propia realidad de las personas, oponiéndose en este sentido a la tendencia de las técnicas cuantitativas como los cuestionarios o la ciencia experimental que busca estrictamente confirmar una hipótesis (Reinhardt, 1991: 18). Al trabajar con entrevistas abiertas o semiestructuradas, se produce una información no estandarizada, contrariando la relación capitalista de investigación centrada en un producto, o de una investigación cuyos objetivos han sido definidos –y subvencionados– a priori. Se trata de la producción de un conocimiento que se considera pertinente no por el producto esperado sino por las subjetividades que hablan; por su potencialidad de abrir un conocimiento desconocido. Se podría decir que la práctica de la entrevista se propone como un camino no especialmente rentable; donde no puede completarse el ciclo investigación–empresariado y donde se parte de una falta o un vacío, de un agujero o una opacidad, de un silencio o un secreto. Muchas investigaciones basadas en entrevistas surgen como una forma de profundizar o ampliar el conocimiento que se tiene de un fenómeno ya trabajado con anterioridad pero que se considera incompleto, o una vía de encuentro con una comunidad latente en un espacio donde antes se asumía vacío. En este sentido, el vacío forma parte del proceso de encuentro; el silencio, aquel que permite escuchar ese pueblo que falta, y el secreto, un fértil campo de resistencias silenciosas. Sara Ahmed reflexiona en torno a la construcción del silencio en investigación como contrario al acto de la enunciación, pero que en muchas ocasiones existe como forma de resistencia a una opresión (Ahmed, 2010). En este sentido, la entrevista se ha utilizado en muchas ocasiones como una manera de actualizar, profundizar o particularizar más un silencio: la entrevista como otra forma de sensibilidad, otra clase de perceptibilidad para las oscuridades tácticas que han representado la existencia de los cuerpos marginalizados y perseguidos por las hegemonías a lo largo de la historia.

La entrevista es una técnica que se caracteriza por sus silencios e inexactitudes técnicas. A menudo se ponen en valor los errores o fallos planteados por el desconocimiento de la persona o el equipo investigador, se introducen elementos del trabajo etnográfico, y se introducen cercanías como elementos de valía en el proceso de investigación. Pensar el error de la manera en la que se plantea aquí supone revisar el concepto de agujero o de opacidad como algo no necesariamente negativo o que llame a solventar. Un agujero puede producir un cierto vértigo, y una opacidad –como toda materialidad/corporalidad– parece presentarse como algo que busca ser iluminado y ordenado, es decir, dominado. El mandato de transparencia en los sistemas de conocimiento eurocolonos propone la opacidad, los vacíos y las discontinuidades como algo a abolir para alcanzar el respeto a una existencia (Glissant, 2017), algo que además encuentra su correlato en las tendencias clásicas del activismo². Una mirada crítica invita a pensar las prácticas investigadoras que son sensibles a

¹ Véase Otero-Hermida, P. et al. (2024): "La mayor parte del personal investigador hace arte: implicaciones clave para el Sistema Español de Ciencia, Tecnología e Innovación" CSIC-UPV - Instituto de Gestión de la Innovación y del Conocimiento (INGENIO). <http://doi.org/10.20350/DIGITALCSIC/16341>

² "Tener voz propia", "dar la cara", "tomar la palabra", etc. son coordenadas de la militancia identitaria clásica del norte global que se ha trasladado al movimiento de las trabajadoras sexuales en España a partir de la década de los 90. El paradigma de trabajadora sexual "valiente" que se visibiliza para luchar contra el estigma poniendo en juego su seguridad y la de su entorno está suponiendo, entre muchas otras cosas, una presión en las trabajadoras sexuales hacia su visibilización, que se alinea con los valores de sacrificio tradicionales de la izquierda clásica. El imaginario disponible de lo político empuja a las trabajadoras sexuales a visibilizarse, pero no provee de espacios de recuperación ni de protección para sostener esta exposición ni sus consecuencias a largo plazo.

estas opacidades y silencios como un ámbito que requiere de especial cuidado y una actitud atenta a los acuerdos éticos (explícitos o tácitos) impuestos por unas instituciones del saber cuyos intereses y orientaciones se merecen una cierta desconfianza. En otras palabras, la práctica de la entrevista nos permite un acercamiento y una percepción más sensible a realidades que han habitado el silencio por diferentes razones: a veces por el efecto de un sistema de opresión que silencia, otras por las necesidades o deseos de mantenerse en un cierto margen de invisibilidad táctica, y en ambos casos exige un especial cuidado y compromiso. Una práctica responsable anima al personal investigador a comprender estas diferencias y a no universalizar la tendencia a la transparencia de la cosmología occidental a todos los ámbitos y cuerpos que tal vez prefieren mantener sus secretos en un lugar seguro, privado o íntimo³. En un cierto sentido, las críticas feministas, queer y de(s)coloniales han ofrecido una posibilidad de acercar las distancias, y ver mejor; una mayor gama de ISO⁴, sensibilidades interdisciplinarias y gustos carroñeros para percibir muchos silencios. Estas aproximaciones críticas han permitido sacar a la luz realidades antes ocultas, pero, ¿qué hacemos ahora con ellas? ¿Todo debe estar a la luz? ¿Cómo hacer si, tal y como dice Spivak, tener ética significa respetar los secretos? (Ahmed, 2010).

3 La autoría en investigación

De forma estructural pero también físicamente, la práctica de la entrevista cuestiona algunos paradigmas establecidos acerca del hacer investigador en general, tradicionalmente vinculada al a/cercamiento positivista y, la distancia entre sujeto y objeto y, por tanto, privilegiando las técnicas cuantitativas y sus contextos de autorización y reconocimiento. Uno de estos contextos que hacen posible y protegen los paradigmas de la ciencia clásica es la construcción de la autoría en el proceso de producción y difusión del trabajo científico.

En investigación, se considera autor a “aquellos que han contribuido de manera esencial en la concepción y diseño del estudio, recopilación de datos, su análisis e interpretación. Que han participado en la escritura y revisión crítica del manuscrito y que han revisado y aprobado la versión final” (González-Gutián, 2017: 9). Desde una perspectiva de las ciencias sociales, así como de las diferentes disciplinas que beben de sus técnicas y aproximaciones metodológicas, esto se traduce en una resistencia estructural para llevar a cabo una aproximación sujeto-sujeto. La autoría científica, en el desarrollo de estudios que parten de metodologías cualitativas y técnicas de profundización in situ –como es el caso de la entrevista– y que cuentan con personas involucradas –informantes, personas colaboradoras– encuentran en la autoría un obstáculo para conducir las investigaciones de forma no extractiva o explotadora del saber de otras. Tal y como he mencionado en otra parte, no podemos alienar los productos (culturales, científicos, o de cualquier tipo) de su proceso de producción que incluyen no solamente los cuerpos entendidos desde el modelo marxista clásico del sistema trabajo, sino todo un tejido de corporalidades, entidades y experiencias interdependientes que permiten la posibilidad de su emergencia (Corrales, 2015).

A lo largo de los años se ha ido naturalizando una praxis investigadora que blindo el estatuto de autor mediante diferentes narrativas. Una de ellas es lo que la epistemóloga feminista Sandra Harding ha llamado la lógica del descubrimiento (1987). De este modo, sólo algunas personas tienen el poder de plantear qué preguntas tienen la necesidad de ser respondidas. De este modo, se lleva

³ “¿Tienes un secreto con Alá,/ Entre tú y Alá?/ ¿Tienes buenas acciones que ocultas,/ que nadie conoce excepto Alá?/ ¿Historias que no se revelan sino/ a través de tu libro (de obras) cuando te enfrentas a Alá?/ ¿Qué te trae más libertad que eso,/ que eleva tu estatus ante Alá?”. (Nasheed)

⁴ El ISO en fotografía mide la sensibilidad del sensor de la cámara a la luz, siendo parte fundamental del "triángulo de exposición", junto con la apertura y la velocidad.

a cabo una suerte de sistematización de “privilegio epistémico” (Traweek, 1992) que legitima sólo a una parte de la población para que determine la forma en la que los diferentes elementos de las sociedades y sus agentes van a ser observados, delimitados, o regulados.

Si pensamos en la manera en la que se convierten los fenómenos sociales en problemas que requieren explicación, veremos de inmediato que no existe problema alguno si no hay una persona (o grupo de personas) que lo defina como tal y lo padezca: un problema es siempre un problema para alguien (Harding, 1987: 5). Y ese alguien es quien realmente importa, por tanto, autor de la investigación. Centrándonos en la práctica de la entrevista, el paradigma del descubrimiento ha estado enormemente presente desde su inicio como técnica de investigación social. Un ejemplo es la metáfora de Steinar Kvale (1996), donde se imagina a la persona entrevistadora como “minera”: alguien que, mediante una serie de técnicas, consigue extraer la verdad que ya está ahí previamente. Esta misma metáfora sirvió para sentar las bases de la autoría artística en el Renacimiento, iniciando la tradición del autor como creador individual intelectual y transformando el mapa económico de la producción (y propiedad) de los productos culturales que opera en la actualidad⁵. En el paradigma del descubrimiento y la metáfora de la mina, el sujeto de la investigación recoge el imaginario colonial y patriarcal del hombre como autor de la acción, mientras que las personas y comunidades que poseen el conocimiento se encuentran literalmente naturalizadas –es decir, convertidas en naturaleza– cuyo cuerpo y opacidad se conceptualizan como obstáculos que el autor deberá retirar –combinando golpes con diferentes técnicas y tecnologías de extracción– para poder acceder a la verdad oculta en el interior de su corporalidad material.

En coherencia con esta mirada colonial y explotadora, la academia tradicional de las ciencias sociales invita a que se lleven a cabo las entrevistas de la manera más impersonal y extractivista posible (Oakley, 1981; Halberstam, 2009; Dahl, 2010; Díaz y Corrales, 2022), que cubre la expropiación de los cuerpos autorizados (autores) de los cuerpos expropiados. La antropóloga Ulrika Dahl refiere a esta problemática del siguiente modo:

Si bien con frecuencia se pide a los antropólogos que hablen en nombre de los grupos subyugados, se hace una clara distinción entre “activismo” y “ciencia”. En ese procedimiento, los “informantes clave”, que a menudo se presentan como “amigos” pero rara vez como autoridades, son fundamentales para el proyecto etnográfico. Estos actores actúan como intermediarios y trickster: son capaces de explicar y traducir el contexto cultural en cuestión, pero rara vez se los entiende como coproductores de conocimiento. (Dahl, 2010: 154)

La idea del informante o la persona participante de la entrevista como trickster⁶ –embaucador–, se manifiesta aquí como una continuidad de las estructuras confesionales de la verdad como algo que requiere ser extraído en contra de la voluntad de su portador. Esta perspectiva lleva al extremo la lectura de que la verdad sólo puede ser desenmascarada por parte de una persona autorizada, de un profesional autorizado. Dicho orden de las cosas permite el marco de la autoría como autorización de una verdad aprobada por las instituciones del saber-poder que el profesional –en representación autorizada o encarnación de la institución que otorga el poder de lo auténtico– certifica como válida.

Aunque este modelo aplica a todo tipo de técnicas de investigación, el caso de las entrevistas es particularmente llamativo cuando se establece un criterio de objetividad centrado en esta distancia

⁵ Miguel Ángel concebía la escultura como la liberación de una forma ya presente en el bloque de mármol, idea que suele parafrasearse en la frase atribuida “Cada bloque de piedra alberga una estatua en su interior, y es tarea del escultor descubrirla”.

⁶ Trickster se define en el Cambridge Dictionary como alguien que engaña para conseguir algo a cambio, similar a tramposo.

y anulación de la autoría del discurso de quien ofrece el testimonio. Siendo literalmente el cuerpo y la experiencia de otras la base en la que descansan las investigaciones, contrasta el rol hipervisible del profesional autorizado sobre el borrado automatizado de las personas que aprovisionan dicho conocimiento. Está profundamente arraigado que, para conducir una entrevista, el anonimato es condición sine qua non. Algunas autoras como Baguele Chilisa (2020) han criticado esta cuestión, ya que consideran que la decisión sobre nombrarse o no debería ser decisión exclusiva de las participantes. Otras han ofrecido un abanico extenso de posibilidades donde la aparición de sus nombres podría ejercer influencia positiva en el proceso social en el que se encuentra la investigación, así como a las propias entrevistadas que pueden preferir aparecer con su nombre por todo tipo de razones materiales e inmateriales. Por otra parte, este ejercicio de ocultamiento (Haraway, 1997) se pone en relación directa con el presupuesto de descorporeidad e invisibilidad del cuerpo de las informantes, asumido como preferente o incluso necesario para asegurar la objetividad. Las estructuras de pensamiento se adaptan a los contextos económicos y replican su desigualdad: en este caso, los paradigmas de objetividad mediante la desaparición de la corporalidad y subjetividad de las “no autoras”, lo que ofrece una estructura óptima para el mantenimiento de la categoría de autor y el reparto desigual de los beneficios de la autoría y propiedad sobre una investigación. Simultáneamente, se revela una estructura que se auto-produce e impide a aquellas tradicionalmente investigadas formar parte de las investigadoras: un claro ejercicio de auto-conservación de la misma relación de dominación.

4 El consentimiento es sexy

Uno de los ejes fundamentales para evitar una práctica extractivista en las entrevistas es el consentimiento, el cual establece una afilada línea de conexión entre la práctica de la entrevista y el trabajo sexual. Habitamos la cultura de la confesión, y pensamos que la verdad “auténtica” se encuentra oculta en lugares que, por naturaleza, no desean expresarse. En psicoanálisis, la manera en la que el subconsciente “habla” es a partir de brechas en el consciente, las cuales dejan escapar sus secretos. Estas fallas (glitches) suceden necesariamente en contra de la voluntad del paciente, y sólo son posibles de interpretar para el psiquiatra/profesional autorizado. De esta forma se establece un correlato científico a una forma de construir “lo verdadero” que mantiene el carácter necesariamente confesional de la verdad, similar a la idea que compartían los tribunales inquisidores entre los siglos XI y XIX. La condición representacional de las estructuras del saber occidental, propuesta por autorías como Stuart Hall (1992), podría ser uno de los impulsos que han alimentado el desarrollo tecnológico de los aparatos de visión, los cuales buscan la confesión de un cuerpo (femenino) a través del movimiento como gesto del inconsciente (Williams, 1989; Corrales, 2021) y que se ve representado en numerosos tropos de producción culturales, como infinidad de filmes y en ciertos trabajos pornográficos, donde el verdadero deseo se encuentra una vez se traspasa el muro del consentimiento, aflorando la “verdadera” emoción, el auténtico placer que sólo puede ser a costa de la voluntad de quien es poseído por él. Desde una perspectiva de las ciencias sociales, podemos recordar a Levi-Strauss que en 1954 proponía que era “ahora” mucho más importante sistemáticamente estudiar lenguas, sistemas de creencias, actitudes, estrategias cognitivas y personalidades de otras culturas que adquirir “arcos, flechas, collares o figuras” (Deliss, 2015). En este giro lingüístico se desplaza la idea de verdad –como algo oculto que espera a ser revelado o descubierto– desde el terreno de lo material al terreno de lo simbólico. En esta operación se han transferido también cualidades que tradicionalmente se adscriben a los artefactos, para ahora habitar en las estructuras y en el lenguaje, lo que responde a una nueva economía modelada por el extractivismo epistémico. Pareciera que es hora de hacer confesar al lenguaje mismo, desconfiar sistemáticamente de la voluntad del informante y hacer todo lo que esté en nuestra mano para depurar una minuciosa técnica de arqueología de la intimidad ajena, de expolio de aquello que no quiere hacerse visible, de quienes guardan sus secretos. Situándonos en el escenario

de un diseño metodológico o una propuesta de investigación basada en entrevistas, es conveniente recordar y localizar esta herencia de confesionalidad en la construcción de un testimonio “verdadero” como descubrimiento para interceptar inercias y formas de hacer que pueden manifestarse en la forma en la que estructuramos las preguntas, en la manera en la que nos sentamos con las compañeras, en la forma en la que les contactamos o nos relacionamos, incluso en la forma en la que tomamos la decisión inicial de investigar un fenómeno y no otro.

Respecto a las metodologías cuantitativas, es importante atender de la misma manera a las formas en las que las mitologías de la ciencia positivista y las prácticas tradicionales de la ciencia clásica se reproducen de diferentes formas. El investigador especializado en migración digital Koen Leurs refiere al ‘giro datalógico’ (datalogical turn) y la ‘datificación digital del día a día’ como un nuevo régimen de poder y de saber (Leurs, 2017). En este nuevo régimen, los dispositivos que hoy forman parte de nuestra vida producen datos que se asumen como objetivos, y que se están convirtiendo en la fuente de conocimiento más fidedigno tanto para investigadores como para comunicadores, fuerzas de seguridad, empresas e incluso administraciones públicas (Greenfield, 2018; Morozov, 2018). Además, todo el mundo tiene la obligación implícita de compartir sus datos, bajo amenaza de sospecha de estar ocultando algo⁷. Esta nueva realidad hace emerger retos acerca de las prácticas de consentimiento en la creación de conocimiento y evidencia la necesidad de un punto de partida crítico, feminista y situado en la relación con los datos producidos por tecnologías implementadas para el control y la datificación prescriptiva enfocada a la vigilancia de determinados grupos poblacionales⁸.

Uno de los mitos alrededor de las técnicas de recolección de datos en entornos virtuales es que se asumen como prácticas objetivas y automáticas, donde la subjetividad humana no interfiere. Esta distancia absoluta entre el sujeto y el objeto de la investigación ofrece el imaginario perfecto para los presupuestos de la ciencia clásica y generan una confianza plena por parte de instituciones, acreedores, así como de la opinión popular. Se le agrega la creencia de que las interacciones que hacemos con las tecnologías están desprovistas de corporalidad y, por ende, no es necesario tener en cuenta las particularidades o materialidades de la interacción social en entornos virtuales. Además, se le confiere un carácter premonitorio, tanto por parte de organismos bancarios como por parte de las fuerzas de seguridad que aplican ideas de prevención sobre las llamadas ‘poblaciones de riesgo’. Así, el acceso a derechos fundamentales y servicios básicos se encuentran articulados bajo estas premisas y ejecutados por novedosas tecnologías. La problemática de los sesgos en los macrodatos no ha pasado desapercibida para muchas investigadoras en género y tecnología, las cuales han concluido que los macrodatos son de todo menos neutrales: por el contrario, corresponden a los sesgos que habitan en el lenguaje social y reflejan las actuales jerarquías sociales. Estos sesgos son además especialmente difíciles de ver, ya que se encuentran en sus estructuras (Bolukbasi et al, 2016; Díaz et al, 2020).

⁷ A partir de 2001 distintos países implementan diferentes leyes antiterroristas que establecen nuevas regulaciones respecto a las obligaciones de la ciudadanía relativo al uso de tecnologías y al acceso a los datos almacenados en red. Véase USA PATRIOT LAW 2001 y la European Commission, 2020.

⁸ En los planes de acción de la Comunidad Europea se establecen planes de prevención en colaboración con Estados Unidos, Canadá y Australia (lo que conocemos como Occidente) que implican tecnologías de reconocimiento facial; drones de identificación basada en características étnicas; “políticas preventivas” en clave de migración y transportes; control de las tecnologías y sus usos; mejoras en la rapidez de la minería de macrodatos con objetivos de anticipación y detección de la “radicalización” (Véase Douhaibi, Ainhwa Nadia y Amasian, Salma (2019): La radicalización del racismo. Islamofobia de estado y prevención antiterrorista. Oviedo: Cambalache.); control a sectores específicos de la población; formación en prevención a las fuerzas de seguridad, etc. (Véase EUROPEAN COMMISSION – Brussels, 9.12.2020. COM(2020) 795 final. A Counter-Terrorism Agenda for the EU: Anticipate, Prevent, Protect, Respond.)

En materia de consentimiento, esta noción descorporeizada y automatizada de los usos tecnológicos lleva a una idea de ‘big data’ como un banco de datos creados de manera ‘natural’ (Mahrt y Charkow, 2013) y dónde el consentimiento no tiene cabida, algo que sin duda recuerda a la manera en la que las economías patriarcales han hecho uso del cuerpo de las mujeres, indígenas y de otras feminidades como materias primas, apelando a la condición ‘natural’ de dichos cuerpos y, también, a sus procesos de privatización y expropiación.

5 Reflexividad, reciprocidad asimétrica e incomodidad

Una de las razones por las que es necesario plantearse un marco específico metodológico para abordar las investigaciones que implican a trabajadoras sexuales es para comprender la forma en la que el propio personal investigador pone en juego sus miedos, fobias e ideas preconcebidas sobre el colectivo. Desde diferentes enclaves geográficos se ha dado cuenta de cómo el estigma de la prostitución ha dado forma a estudios e investigaciones que han devuelto una imagen equivocada y malversada de las sexotrabajadoras y sus comunidades. Aunque algunas trabajadoras sexuales y activistas inciden en la fundamentación económica de dicho estigma, se puede hablar de un consenso entre la comunidad de que existe un estigma hacia las personas que ejercen el trabajo sexual por el mero hecho de hacerlo. El estigma implica ignorancia, y resulta ubicuo en las investigaciones, por lo que constituye un sesgo específico que supone entre otros una justificación fundamental por la cual es necesario pensar en marcos metodológicos específicos para el estudio del trabajo sexual.

Una mirada atenta hacia la reflexividad en investigación que comprenda la complejidad del trabajo sexual implicará sendas transformaciones en la manera en la que se ha abordado el tema hasta ahora, así como de los sujetos autorizados a priori o afinidades definidas desde fuera de las comunidades de sexotrabajadoras, como es el caso de las mujeres cis blancas de clase media. Ir más allá de esta conveniente asunción de afinidad identitaria nos invita a pensar prácticas concretas, acordadas e imaginadas por las propias comunidades. Un buen ejemplo de ello es la reciente publicación de Gold Standard Guidelines for Safe and Ethical Sex Work Research in Europe de la European Sex Workers’ Alliance (ESWA), una guía ética para el personal investigador que se ha conformado a partir de la participación de organizaciones de trabajadoras sexuales de diversas partes del mundo. Otras inspiraciones desde las epistemologías feministas a evaluar por las organizaciones podrían incluir la auto-revelación de la investigadora (Reinharz, 1998; Muñoz, 2010), es decir, abrir un espacio para las tensiones y los secretos de la investigadora; alargar el proceso de investigación e integrar el ritmo de las personas participantes en la calendarización; atender a la comunicación no verbal y/o otras formas de comunicación ajenas al equipo investigador para así desarrollar métodos de investigación más igualitarios (James, 1986). Incluir variaciones en las preguntas o las variantes en el proceso de la entrevista o la relación con la persona participante ha sido también propuesta por algunas sociólogas como Pauline Bart, así como introducir varios estadios y numerosas verificaciones en el terreno del consentimiento. El caso del estudio de Margarete Sandelowski y Christine Pollock (1986) sobre la experiencia de la infertilidad puede ser un ejemplo de ello. Las autoras plantearon un segundo estadio, entre las entrevistas y las conclusiones, donde se proponía a las participantes un espacio para considerar si se sentían o no representadas en el discurso que habían dado previamente. Este ‘doble-check’ resulta de especial interés para plantearse cómo garantizar unas prácticas de consentimiento radical (Leurs, 2017).

Otras propuestas podrían venir de los estudios queer como la perspectiva de Ulrika Dahl y De La Grace Volcano en el proyecto antro-po-fotográfico *Femmes of Power: Exploding Queer Femininities* (2008) acerca de las metodologías femme: desde el proceso de selección de participantes como “reflejo en sí mismo de genealogías femme” (Dahl, 2010: 156) en tanto que dependía de una red de afectos, hasta la forma en la que la investigación se adaptaba a las necesidades y deseos de

representación de las participantes, creando un contexto epistémico y de posibilidad que alentaba la participación en los modos de representación de las personas convocadas. Por otro lado, el uso técnicas y códigos de trabajo que desplazan la idea dicotómica investigadora–investigada / fotografía–fotografiada como entes opuestos y necesariamente diferentes permite una crítica desde la práctica hacia algunas ideas que parecen inamovibles respecto a la tarea de la entrevista. Un ejemplo de ello podría ser el concepto de saturación en la muestra. Se trata de un concepto, de hecho, visual, que denota una incapacidad de ver más: una forma de opacidad por exceso. Para combatirla, se asume que debe existir «variedad» para poder representar un determinado colectivo, es decir, identificar por medio de las diferencias en un ejercicio de análisis como aislamiento de atributos⁹. En el caso de Dahl y la metodología femme-on-femme, se reivindica la “igualdad desde la mismidad” (equality through sameness), proponiendo una etnografía que se distancia de las prácticas de identificación por aislamiento correspondiente a los epistemicidios coloniales, que desde la práctica de la entrevista se caracteriza por dos personas radicalmente opuestas con objetivos y contextualidades excluyentes.

Si bien la distinción sujeto / objeto es en sí misma un problema inherente del paradigma liberal, las tecnologías de representación de género que se emplean en la investigación han sido fundamentales para mantener esa dicotomía. Por ejemplo, la imagen clásica del antropólogo "en el campo" a menudo muestra a un hombre civilizado completamente vestido entrevistando a una persona "nativa" desnuda, en cuclillas y subordinada. El científico registra una historia cultural contada por un informante clave y simultáneamente se involucra en misiones civilizadoras implícitas o explícitas. Se convierte en el autor y la autoridad en el tema en cuestión. La relación de poder es bastante literal en tales imágenes. El etnógrafo en una silla y el informante en el suelo, y así mapean lo que es sujeto y objeto, blanco y negro, vestido y desnudo. (Ulrika Dahl, 2010: 159-160)¹⁰

En contraste, Dahl reclama una genealogía investigadora que se ha construido a partir de los estudios que conducen las propias personas pertenecientes a esos colectivos, una genealogía femme y queer, una suerte de "ciencia femme" (Duggan y Mchugh, 2003). En sintonía con Halberstam, Dahl identifica el carácter difuso de las distinciones entre quien crea y quien examina dichos colectivos, algo que contrasta con los presupuestos anteriormente abordados acerca de la diferenciación y la autoría en investigación. Estas colectividades tradicionalmente discriminadas requieren prácticas autoinstituyentes que emergen como un flujo vivo de conexiones, permitiendo un marco de representatividad y unas técnicas de representación acordes con sus condiciones de existencia-aparición –unas condiciones a menudo precarias, intermitentes y violentas que reclaman unas metodologías low-tech¹¹, para-disciplinares y supervivientes–, conocedoras de las tensiones entre visibilidad y secreto ya que son parte de las mismas.

⁹ Como parte del proyecto de modernidad, el método científico se basa en el análisis, que requiere aislar los atributos de un cuerpo para poder realizarse (analizar significa separar). El propósito es enumerar sus diferencias y definir así su identidad, pues todo conocimiento «se obtiene por la comparación de dos o más cosas entre ellas» (Descartes, *Regulae*, XIV: 168). En su genealogía de las ciencias naturales, Foucault identifica el giro epistemológico de la modernidad, definido por un sistema de representación basado en un régimen de identidad y diferencia: "En efecto, remite todo el campo de lo visible a un sistema de variables, cuyos valores pueden ser asignados, todos ellos, si no por una cantidad, sí por lo menos por una descripción perfectamente clara y siempre acabada. Así, pues, se puede establecer, entre los seres naturales, un sistema de identidades y el orden de las diferencias." (2009: 137). Desde esta perspectiva, es necesaria una disposición de elementos suficientemente "variada" para establecer dicho orden de forma sistematizada y obligadamente positiva.

¹⁰ Nótese la construcción visual y escénica de dicha dicotomía jerárquica.

¹¹ Low-tech refiere a tecnologías de bajo coste e impacto, con un perfil de uso amateur y popular.

Pero estas colectividades no se caracterizan precisamente por su homogeneidad: de ahí el interés de Dahl en ofrecer otra mirada metodológica que permita remarcar unas particularidades no confrontacionales o no necesariamente opositivas, que generalmente desaparecen ante un marco representacional jerárquico o vertical. Para evitar sesgos intra-género (habituales en los estudios sobre trabajo sexual, también conducidos por mujeres) o silenciamientos de las realidades y autorías particulares dentro de una misma comunidad (como puede ser la comunidad de trabajadoras sexuales, entre las que tienen papeles y las que no, por ejemplo) ¿Cómo abrazar las potencialidades de la auto-etnografía como parte de una subcultura silenciada, mientras que se hace honor a las diferencias entre las personas que forman parte de dicha comunidad? ¿Cómo nos reconocemos en el otro y, a la vez, tomamos responsabilidad (Haraway, 2016) de nuestras localizaciones permanentes (Rich, 1984)?

Una de las propuestas que surge desde los feminismos y la teoría de la ciencia es el concepto de reciprocidad asimétrica. El concepto de reciprocidad asimétrica lo desarrolla la filósofa feminista Iris Marion Young (1997) a finales de los noventa, recogiendo las demandas de gran parte de las investigadoras feministas de su tiempo, mientras que no perdía de vista la imposibilidad de trascender de manera total la relación de desigualdad y de hegemonía epistémica que se da en el contexto de una investigación. Young confronta la interpretación de la filósofa Seyla Benhabib (1985) sobre la teoría comunicativa de Habermas, ofreciendo una crítica a la idea de la reciprocidad como base para el reconocimiento de la existencia del otro. Benhabib argumentará este principio de reciprocidad desde la idea de reversibilidad, donde se considera moralmente beneficiosa la puesta en práctica de “ponerse en el lugar del otro” y actuar como tal. Young señala los peligros de este punto de partida y propone la idea de reciprocidad asimétrica, que da cuenta de las posiciones diferenciadas que los sujetos pueden tener en una conversación, derivadas de relaciones desiguales con las hegemonías contingentes, y por supuesto entre sí. La teoría de la similitud como forma de comprensión es, además de compleja a nivel político –pues en el fondo no se estaría respetando al otro sino a la proyección que se hace del otro –, es también ontológicamente imposible (Young, 1997: 44). Aunque la autora no rechaza la realidad multifactorial de los posicionamientos, ya que “las personas que son diferentes en tales posiciones sociales no son tan totalmente diferentes como para no ver similitudes y superposiciones en sus vidas, y a menudo mantienen relaciones multivalentes entre sí” (Young, 1997: 45), pero hay que mantener la atención no sólo en las similitudes sino en las relaciones de poder que las disponen.

La idea de reciprocidad asimétrica se plantea como un punto de partida sobre el cual desarticular las mitologías eurocéntricas de la similitud como condición para el respeto de las diferencias: la similitud supone una constante visibilidad de los signos identitarios (Foucault, 2009) que permiten su identificación en tanto que identidad–signos idénticos, y relegan las opacidades y las existencias materiales a un espacio de obligatoria traducción (Glissant, 2017). A la vez, incluye la condición necesariamente relacional de los procesos y contingente de la distribución de posicionalidades: abre la posibilidad a una conversación situada corpóreamente sobre las condiciones de producción/aparición de un saber, y la relacionalidad de los cuerpos implicados en la misma. Así, los espacios de reconocimiento han sido nombrados como incómodos para las personas investigadoras. Algunas voces feministas y de(s)coloniales invitan a habitar dicha incomodidad a partir de asumir las diferencias (Hill Collins, 1990; Gandarias Goikoetxea, 2014), una práctica nunca exenta de conflicto (Zavos y Biglia, 2009).

6 Retribución y economías desiguales. ¿La entrevista como espacio de intercambio o de transformación?

La idea de reciprocidad asimétrica acepta las diferentes posicionalidades que se dan en un proceso de investigación y no requiere de un marco de similitud o mismidad para establecer una ética de relación. Partir de una asimetría entre las personas involucradas en la investigación supone localizar las diferencias, ser sensible a ellas y a las relaciones de poder que pudieran hacer emerger. Integrar las asimetrías y plantear una relacionalidad entre los cuerpos y entidades que componen una investigación encaja de forma más precisa en proyectos que buscan involucrar y de alguna manera intervenir las relaciones de poder que se dan en el propio proceso de investigación. La necesidad de plantear un espacio que sea sensible a las asimetrías respecto al poder es el primer paso para pensar el proceso de investigación como un lugar de reparación y transformación.

En la mayoría de los casos, las investigadoras desconocen o no se interesan por esta dimensión relacional de poder, tampoco en cómo impacta tanto en los resultados de una investigación como en las personas involucradas. Este deseo por permanecer en la ignorancia ha sido señalado por diversas autoras y equipos de investigación como negligente dentro de la práctica científica –al introducir sesgos severos y, por tanto, producir una peor ciencia– pero también como peligroso para las personas que son convocadas a participar en la investigación (McCracken, 2020; Ferris et al, 2021). En un proceso de investigación que no integra una sensibilidad hacia las relaciones de poder que se crean en su seno no sólo los resultados pueden salir mal, sino que se puede dañar a las personas participantes o entrevistadas, así como a los miembros del equipo investigador (Shaver, 2005; Ferris et al, 2021).

Aunque gracias a la incorporación de ciertos ítems en los marcos europeos de financiación investigadora se está incluyendo la perspectiva de género, lo cierto es que sólo un pequeño porcentaje de las investigaciones parte de preocupaciones de carácter feminista o de(s)colonial, y aún más pequeño es el porcentaje que se plantea un escenario redistributivo o reparativo en su marco metodológico. En muchos de los casos, las investigaciones reflejan en sus resultados dichas relaciones desiguales como parte de la metodología o trabajo de campo, mientras que es menos común las investigaciones que se plantean en sí mismas como transformadoras de la realidad de las personas con las que colaboran. En este caso se aplican marcos metodológicos propios de la IAP, o se implementan propuestas metodológicas específicas.

En el caso de la investigación basada en entrevistas, diversas investigadoras feministas han dado cuenta de la potencialidad que implica el espacio de la entrevista como un lugar de transformación social directa. Por ejemplo, en el caso de las investigaciones conducidas en instituciones de encierro, se pone en valor la posibilidad de estar a solas con las personas en situación de dependencia o aislamiento, lo que podría dar espacio a comunicar una agresión o una irregularidad dentro de los sistemas de encarcelamiento y contención. Otro ejemplo podría ser la posibilidad de utilizar el espacio de la entrevista no sólo como un lugar para recoger información sino para darla, rompiendo con el esquema clásico de entrevistador como ente ausente y descorporeizado que busca ‘no intervenir’ en el testimonio del informante. Así los espacios de investigación basados en entrevistas pueden ser lugares de refugio para los colectivos que buscan ‘investigar’, espacios de transmisión de saberes disidentes o también lugares de auto enunciación. En cualquier caso, la potencialidad de la entrevista pareciera que es aquella que acorta las distancias debido a la cercanía física y emocional con las y los participantes, que invita a una actitud de rebeldía para con las actitudes impuestas por la academia clásica de las ciencias sociales.

Existe una gran cantidad de autoras, empezando por el sociólogo Pierre Bourdieu (1999), que consideran el espacio de la entrevista como un lugar que ya es una retribución para ambas partes. Autoras como Jamie Heckert defienden esta perspectiva, no sin antes situarla en el contexto judeo-

cristiano que prioriza el dar antes que el recibir (Heckert, 2010: 51). En una conversación entre los artistas Schaffer y Porsch (2011), comienzan con una interesante mención al seminario de Lacan sobre La carta robada, aludiendo al problema del conocimiento como robo. Creo que el vínculo conocimiento-robo se intensifica cuando se investiga a personas completamente desconocidas, en relación sujeto-objeto o en relación sujeto-sujeto donde las problemáticas son nuevas o ajenas, o cuando el marco de análisis es directamente robo: este es el caso de las tendencias psicoanalíticas, que podemos encontrar en distintas disciplinas de las prácticas artísticas contemporáneas y también de la investigación en ciencias sociales. Si el objetivo es conseguir conocimiento, todo el mundo sabe que lo más económico será siempre robarlo o cambiarlo por espejos.

Esta perspectiva de la común retribución de Bourdieu puede ser interesante, aunque incompleta y desde luego desigualmente conveniente. En primer lugar, en el caso de la apuesta por la entrevista como espacio de común retribución sería necesario definir qué tipo de retribución y que tipo de común se propone en la investigación, siendo acordado –e idealmente diseñado– por todas las partes implicadas. Por otro lado, teniendo en cuenta que no siempre hay partes, sino que se puede dar un escenario de relación igualitaria o parcialmente igualitaria, habría que convenir de la misma manera los objetivos y retribuciones y labores que todas las partes van a recibir y/u ofrecer. Tal vez sea una vía para pensar la entrevista como espacio de intercambio, pensar qué intercambio es interesante para ambas partes, y no universalizar sólo la de una de ellas. Es decir, puede que la entrevista sea un espacio de intercambio como dice Bourdieu, pero ¿qué estoy dispuesta a intercambiar? ¿Es lo que la otra persona quiere recibir, o estoy asumiendo que la otra persona quiere/necesita/valora lo mismo que yo?

Habitualmente, las investigaciones basadas en entrevistas han usado elementos de retribución como intercambio. Se suele hacer uso de ella para reconocer el valor del tiempo y el trabajo de la persona entrevistada, para fomentar la participación y también como forma de justicia reparativa: “A todos los entrevistados se les entregó la suma nominal de 10 dólares estadounidenses en San Francisco y 20 dólares canadienses en Montreal y Toronto como muestra de agradecimiento por su participación en la entrevista.” (Shaver, 2005: 304) Aunque hay algunos ejemplos de remuneración en el ámbito de los estudios sobre el trabajo sexual, existe una desconfianza generalizada sobre la idea del pago por las entrevistas en general. Se suele alegar que puede introducir sesgos y problemáticas alrededor del consentimiento, especialmente en casos de poblaciones ‘vulnerables’ (Surmiak, 2020). No obstante, algunas investigadoras han señalado como el pago podría ser no sólo una práctica libre de sesgos, sino beneficiosa para las investigaciones, además de una forma de equilibrar las relaciones de poder:

En primer lugar, los pagos ayudaron a evitar el sesgo que podría haber supuesto la omisión de quienes se negaron a participar por dar más valor a su tiempo, energía y opiniones.

En segundo lugar, hay que tener en cuenta que el trabajo realizado de una determinada manera alerta a los investigados sobre los valores del investigador. Deja residuos sobre cómo valoran a los participantes quienes controlan el estudio. Esto puede crear su propia forma de sesgo, tal vez sesgando los resultados a favor de aquellas mujeres que podrían dar menos valor a su propio tiempo y habilidades y, por lo tanto, ser menos conscientes de su explotación como trabajadoras. (Thomson, 1996).

Muchas investigadoras de diferentes áreas han mostrado reticencias a la hora de pagar a las personas colaboradoras, y se han popularizado algunas estrategias mientras que se han criticado otras. Por ejemplo, se acude habitualmente a cantidades ‘bajas’ como forma de reconocimiento y valor del tiempo de las personas entrevistadas pero que, a la vez, no comprometan el consentimiento de las personas participantes, especialmente si se consideran vulnerables. En muchas ocasiones las entrevistas se pagan con vouchers de Amazon o de otras grandes superficies para evitar un ‘mal uso’ del dinero por parte de personas usuarias de sustancias (Surmiak, 2020:

4463), algo que ha sido denunciado como clasista. Por otro lado, la herencia judeo-cristiana –casi misionera– de las instituciones del saber provocan un aura de gratuidad sobre el saber de las personas informantes que se desarticula completamente cuando hablamos de saber autorizado: nadie piensa que una persona que se dedica a la investigación deba compartir su saber a cambio de nada. En este sentido, la tendencia habitual es a pensar que las informantes deben dar su conocimiento de forma gratuita para que las personas autorizadas puedan capitalizarlo para sí. Tal y como decía Silvia Federici, reivindicar el carácter asalariado de este trabajo es el primer paso para negarse a hacerlo; que se haya naturalizado de manera tan extendida la gratuidad de los intercambios de conocimiento en investigación –cuando vienen de poblaciones marginalizadas– señala un deseo por mantener una jerarquía y una unidireccionalidad en la producción de valor y rédito económico.

Siguiendo distintas investigaciones, se percibe una actitud hacia el dinero como un elemento que impide objetivos más puros: el amor, la amistad, la militancia política, el arte, el sexo, la verdad, la integridad, etc. parecieran no ser compatibles con una remuneración cuando el orden de pago es descendiente, es decir, altera el orden en la jerarquía social. Por otro lado, la inquietud acerca del pago como elemento de bloqueo de la agencia o de la capacidad de consentimiento de la persona participante o informante pareciera reforzar los constructos ideológicos que afirman que la prostitución es inherentemente una violación, ya que según ciertos sectores del feminismo prohibicionista, cuando hay dinero no puede existir el consentimiento. Este argumento, además de esencializante, es completamente utilitario e ideologizado, ya que no se aplica para ningún otro tipo de intercambio de servicios, ni a ningún otro sector obrero, sea cual sea el nivel de peligro del trabajo o situación de necesidad de la persona trabajadora.

7 Las economías de la amistad

Las economías de la amistad no son siempre un camino para la reparación sino demasiado a menudo una vía para mantener fijas economías desiguales. En el plano de la práctica investigadora, el papel de la amistad en los procesos de investigación ha sido ampliamente desarrollado por las metodologías de orientación feministas y queer. Algunas autoras como Denise Segura (1989) remarcaban la importancia de tener lazos con las personas a las que vas a entrevistar principalmente en lo relativo al "acceso" a ciertas comunidades, especialmente colectivos vulnerables a las prácticas de hipervisibilidad y vigilancia como son las personas migrantes. En contraste, autoras como Mary K. Zimmerman (1977) sostienen para sus trabajos la importancia de ser desconocidas, ya que permite que la persona entrevistada se sienta más libre (de vínculos) a la hora de compartir información sensible con alguien completamente fuera de su círculo social. Las economías de la amistad en los procesos de investigación basada en entrevistas pueden tener un rol definitorio en cualquiera que sea su aplicación y es interesante no perderlas de vista en sus distintas manifestaciones.

Hay que comprender el carácter retributivo de una entrevista más allá del mismo momento en el que se llevan a cabo las preguntas: ese antes, durante y después que requiere unos cuidados que van ligados muy a menudo a un gasto de recursos y una disponibilidad que también tiene un correlato en el plano de las economías materiales, ya que se debe disponer de esta disponibilidad, hacer hueco para ella y estar dispuesta a ofrecerla. Así, esa "inmaterialidad de la amistad" se presenta como una lectura tal vez inexacta. Sin embargo, en muchas de nuestras investigaciones se pone en juego una moneda anterior: un crédito preexistente vinculado a la confianza política y al trabajo de apoyo previo a la entrevista, una economía de la amistad. La amistad, si bien tiene como principio rechazar el dinero, es un sistema mismo de intercambio y, como todas las economías, sujeto a ciertas reglas que deben ser visibilizadas y pactadas.

8 Conclusiones

Siguiendo las diferentes propuestas y reflexiones críticas descritas anteriormente, la entrevista podría operar como una tecnología de relación que, en el caso del trabajo sexual, parte de regímenes estandarizados de vigilancia y repertorios confesionales que deben ser contemplados como punto de partida. En ese terreno, la entrevista adquiere potencialidad ambivalente: puede reproducir violencias, o puede ser un punto de fuga cuando se formula como práctica anti-disciplinaria capaz de alojar opacidades, transmitir conocimiento, redistribuir autoría, sostener un consentimiento radical procesual y reconocer economías materiales y afectivas que condicionan toda producción de saber.

La entrevista habilita un tipo de conocimiento que emerge en complicidad con los silencios, allí donde la investigación orientada a producto demanda estandarización y cierre; el agujero deja de leerse como fallo y se convierte en índice de una realidad que se protege, se fragmenta o se interrumpe por violencia, táctica o desgaste. En investigaciones sobre/con trabajadoras sexuales, esta sensibilidad permite tratar el secreto como espacio de resistencia: protegerlo. Escuchar el relato implica aprender a convivir con discontinuidades e identificar el riesgo específico de convertir la intimidad compartida en material capturable por instituciones que ya han intentado administrar su existencia.

La entrevista, asimismo, debería poner en crisis la autoría como estructura del trabajo investigador, al evidenciar que el “resultado” descansa en un tejido de cuerpos, tiempos, afectos y mediaciones que implican muchas formas de autoría. Su potencia crítica se despliega cuando se cuestiona la división especialista/informante y la lógica extractiva que transforma testimonio en propiedad interpretativa, sosteniendo una jerarquía que borra a quienes sostienen el saber, tratándolos como “materias primas” en lugar de como saberes expertos. De ahí se pueden abrir prácticas de co-autoría situadas: negociación explícita de estatutos de aparición (nombre, anonimato, pseudónimos, formas de atribución colectiva, etc.), participación en decisiones de alcance y lectura, devolución intermedia de materiales y posibilidad real de intervenir más allá del régimen de interpretación que recodifica la experiencia vivida, nunca exenta de pensamiento.

El consentimiento aparece como eje metodológico porque la entrevista se enmarca, tanto en su pasado como en su presente, una cultura de la confesión: el deseo institucional de “hacer hablar” a los grupos poblacionales oscuros, opacos; la sospecha hacia la voluntad de quién busca expresarse dentro de sus propios límites, la búsqueda de una “verdad” que se presupone oculta y demanda ser leída en contra de la voluntad de quien la posee. En el trabajo sexual, donde la entrevista también puede ser un dispositivo de control, el consentimiento radical requiere una arquitectura procesual y orientada a la reparación: verificaciones reiteradas, revocabilidad sin castigo, adaptación de tiempos y preguntas, protección a lo no verbal y a la posibilidad de detener, desviar o replegar. Bajo el giro datalógico que proponen algunas autoras, esta lógica se extiende a lo cuantitativo y digital, donde la datificación del día a día se naturaliza como evidencia; la entrevista reintroduce corporalidad y contexto, ofrece más oportunidades para el rechazo, como condiciones del dato, señalando sesgos estructurales y el mandato implícito de compartir bajo amenaza de sospecha.

El concepto de Young de reciprocidad asimétrica ofrece una base de responsabilidad para sostener la conversación evitando la confortable fantasía de “los pares”: reconoce posicionalidades desiguales, evita universalizar similitudes como garantía de respeto y acepta la incomodidad investigadora como método de visibilización de asimetrías. En ese marco, la entrevista puede operar como espacio de intercambio transformador —refugio, autoenunciación, circulación de saberes disidentes, alianzas materiales— siempre que se asuma la tensión entre visibilización y secreto como problema activo que organiza cada decisión de registro, archivo y difusión, además de las localizaciones permanentes de cada persona implicada en la investigación.

Por último, la entrevista conforma también una forma de economía del saber que debemos observar críticamente. Por una parte, la retribución puede actuar como reconocimiento del trabajo y como gesto redistributivo, como también las dinámicas "amistosas" de la gratuidad arrastran riesgos cuando se instrumentaliza para asegurar el acceso o para disciplinar el consentimiento; por ello, las organizaciones de trabajadoras y trabajadores del sexo exigen acuerdos explícitos, revisables y acordes a deseos y objetivos de quienes participan. Las economías de la amistad, lejos de ser inmateriales, operan como moneda anterior que facilita entrada y, a la vez, puede fijar desigualdades; su potencialidad ética se juega en nombrar esas reglas, evitar moralizaciones sobre el dinero, y sostener que la responsabilidad se mide por la coherencia del vínculo situado en el presente investigador y por el cuidado efectivo de las personas y comunidades implicadas.

Bibliografía

- Ahmed, S. (2010). Foreword. Secrets and silence in feminist research, en Ryan-Flood, Róisín y Gill, Rosalind (eds)(2010): *Secrecy and silence in the research process ; feminist reflections*, Routledge: New York.
- Benhabib, S. (1985). The Utopian Dimension in Communicative Ethics, *New German Critique*, No. 35, Special Issue on Jurgen Habermas (Spring - Summer,1985): 83–96.
- Bolukbasi, T.; Chang, K.; Zou, J.; Saligrama, V. y Kalai, A. (2016). Man is to Computer Programmer as Woman is to Homemaker? Debiasing Word Embeddings. En arXiv:1607.06520. Accedido el 25 de Febrero de 2026.
- Bourdieu, P. (1999). *The Weight of the World: Social Suffering in Contemporary Society*, Polity Press: London.
- Chilisa, B. (2020). *Indigenous Research Methodologies*, SAGE Publications INC.
- Corrales Devesa, A. (2021). Aportes de la teoría filmica feminista para el análisis de la pornografía, en: Elena Battaner Moro y Juan A. López-Iniesta (eds) Humanidad e Incertidumbre. ASRI. nº 19: Eumed.net-URJC: 74–86.
- Corrales Devesa, A. (2015). Nuevos (des)enfoques materialistas. Una mirada feminista en torno a la interdependencia de las producciones, *OXIMORA, Revista Internacional de Ética y Política*, Universidad de Barcelona: Barcelona: 160–182.
- Dahl, U. (2010). Femme on Femme: Reflections on queer femme-inist ethnography and collaborative methods en Browne, Kath y Nash, Catherine J. (2010). *Queer Methods and Methodologies. Intersecting Queer Theories and Social Science Research*, Routledge: New York.
- Díaz Martínez, C. y Corrales Devesa, A. (2022). Metodologías feministas y perspectiva de género en investigación, en Cobo, Rosa y Fernández, Belén (eds) (2022). *Sociología feminista*, Comares: Granada.
- Díaz Martínez, C.; Díaz García, P. y Navarro Sustaeta, P. (2020). Sesgos de género ocultos en los macrodatos y revelados mediante redes neurales: ¿hombre es a mujer como trabajo es a madre?, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 172: 41–60.
- Deliss, C. (2015). Coleccionar y comisariar lo desconocido. Etnografía del pasado y práctica artística actual. Seminario "Descolonizar el museo" en MACBA <https://www.youtube.com/watch?v=YhLLbfcgQc>. Accedido el 25 de Febrero de 2026.
- Descartes, René (2003 [1637]). *Discurso del método*, Editorial Diálogo: Valencia.
- Douhaibi, A.N y Amazian, S. (2019). *La radicalización del racismo. Islamofobia de estado y prevención antiterrorista*. Oviedo: Cambalache.
- Duggan, L. y McHugh, K. (2002). A femme-inist manifesto, en Brushwood R., Chloe y Camilleri,A. (2002). *Brazen Femme: Queering Femininity*, Arsenal Pulp Press: Vancouver: 165–70.
- European Sex Worker Alliance (ESWA) (2025). *Gold Standard Guidenenss for Safe and Ethical Sex Work Research in Europe*.
- Ferris, S.; Lebovitch, A. y Allard, D. (2021). Sex Work Research, Ethics Review Processes, and Institutional Challenges for “Sensitive” Collaborative Research, *International Journal of Qualitative Methods*, 20: 1–12.
- Foucault, M. (2009 [1966]). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Siglo XXI: Madrid.

- Gandarias Goikoetxea, I. (2014). Tensiones y distensiones en torno a las relaciones de poder en investigaciones feministas con producciones narrativas. *Quaderns de Psicologia*, 16(1): 127–140.
- Glissant, E. (2017). *Poética de la relación*. Universidad Nacional de Quilmes: Bernal.
- González-Gutián, C. (2017). Sobre autoría na publicación científica: quen é autor e quen colaborador? en: VI Xornada Bibliosaúde; 8-9 jun 2017; Xunta de Galicia: Santiago de Compostela.
- Greenfield, A. (2018). *Radical Technologies: The Design of Everyday Life*, Verso: London.
- Halberstam, J. (2009). *Masculinidad Femenina*, Egales: Madrid.
- Hall, S. (1992). *The West and the Rest Discourse and Power*. In *Essential Essays*, Duke University Press, 2: 185-224.
- Haraway, D. (2016). *Staying with the trouble. Making Kin on the Chtulucene*, Duke University Press: Durham.
- Haraway, D. (1997). Testigo Modesto@Segundo Milenio. Hombre_hembra. Conoce Oncorotón, *Feminismo y tecnociencia*, UOC, Colección Nuevas Tecnologías y Sociedad: Barcelona.
- Harding, S. (1987). Is there a feminist method? en Harding, Sara (ed) *Feminism and Methodology*. Indiana University Press: Bloomington/Indianapolis.
- Heckert, J. (2010). Intimacy with strangers/intimacy with self: Queer experiences of social research en Browne, Kath y Nash, Catherine J. (2010): *Queer Methods and Methodologies. Intersecting Queer Theories and Social Science Research*, Routledge: New York: 41–53.
- Hill-Collins, P. (1990). *Black feminist thought: Knowledge, consciousness, and the politics of empowerment*. Unwin Hyman.
- James, B. (1986). Taking gender into Account: Feminist and Sociological Issues in Social Research, *New Zealand Sociology*, 1:18-33.
- Mahrt, M. y Scharkow, M., (2013). The value of big data in digital media research, *Journal of Broadcasting & Electronic Media*, 57(1): 20–33.
- McCracken, J. (2020). Ethics as obligation: Reconciling diverging research practices with marginalized communities. *International Journal of Qualitative Methods*, 19: 1-11.
- Morozov, E. (2018). *Capitalismo big tech ¿Welfare o neofeudalismo digital?*, Enclave de libros: Madrid.
- Muñoz, L. (2010). Brown, Queer and gendered: Queering the latina/o ‘street-scapes’ in Los Angeles, en Browne, K. y Nash, C.J. (2010). *Queer Methods and Methodologies. Intersecting Queer Theories and Social Science Research*, Routledge: New York: 55–67.
- Leurs, K. (2017). Feminist data studies: using digital methods for ethical, reflexive and situated socio-cultural research, *Feminist Review* 115. Feminist data studies.
- Oakley, A. (1981). “Interviewing women: a contradiction in terms”, *Doing Feminist Research*. Routledge and Keagan Paul: London.
- Otero-Hermida, P.; Azagra Caro, J.; Mateu Arce, A.; Corrales Devesa, A.; Alba Pagán, E.; Navarro Navarro, J., Cuesta Valera, S. (2024). La mayor parte del personal investigador hace arte: implicaciones clave para el Sistema Español de Ciencia, Tecnología e Innovación, CSIC-UPV - Instituto de Gestión de la Innovación y del Conocimiento (INGENIO).
- Reinharz, S. (1992). *Feminist Methods in Social Research*, Oxford University Press: Nueva York.

- Rich, A. (1984). Notes toward a Politics of Location, Charla impartida en el First Summer School of Critical Semiotics, Conference on Women Feminist Identity and Society in the 1980s, Utrech, Holanda en junio de 1984.
- Sandelowski, M. y Pollock, C. (1986). Women's experiences of infertility. *Winter*;18(4), 140-4.
- Shaver, F. M. (2005). Sex Work Research. Methodological and Ethical Challenges, *Journal Of Interpersonal Violence*, 20 (3): 296-319.
- Schaffer, J. (2011). What Is It That Makes Research in the Arts so Different, so Appealing? Interviews: J. Porsch, A. Stockburger, T. Holert, D. Diederichsen, S. Seibold, H. Pichler, C. Dertnig, S. Ferfaglia.
- Segura, D. (1989). Chicana and Mexican Immigran Women at Work: The Impact of Class, Race and Gender in Occupational Mobility, *Gender & Society*, 3 (1), 37-52.
- Spivak, G.C (1988). Can the Subaltern Speak?, en Nelson, C. y Grossberg, L. (eds): *Marxism and the Interpretation of Culture*, Macmillan: Basingstoke: 271-313.
- Steinar, K. (1996). *Interviews: an introduction to qualitative interviewing*, SAGE: London.
- Surmiak, A. (2020). Ethical Concerns of Paying Cash to Vulnerable Participants, *The Qualitative Researchers' Views. The Qualitative Report*, 25(12): 4461–4481.
- Thomson, S. (1996). Paying respondents and informants, *Social Research Update*, 14, (16): 03-06.
- Traweek, S. (1992). *Beamtimes and Lifetimes. The World of High Energy Physicists*, Harvard University Press. Cambridge.
- Williams, L. (1989): *Hard Core: Power, Pleasure, and the "Frenzy of the Visible"*, Berkeley: University of California Press.
- Young, I.M (1997). Asymmetrical reciprocity: on moral respect, wonder, and enlarged thought, *Constellations*, 3 (3), 345–349.
- Zavos, A. y Biglia, B, (2009). Embodying feminist research: learning from action research, political practices, diffractions, and collective knowledge. *Qualitative research in psychology*, 6, 1-2: 153–172.
- Zimmerman, M. K. (1977). *Passage through Abortion: The Personal and Social Reality of Women's Experiences*, Praeger: New York.